

PASAJE DE IDA

15 escritores venezolanos en el exterior

Silda Cordoliani (compiladora)

COLECCIÓN HOGUERAS



1ª edición: julio de 2013

© Editorial Alfa, 2013

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Editorial Alfa

Apartado postal 50.304. Caracas 1050, Venezuela
Telf.: [+58-2] 762.30.36 / Fax: [+58-2] 762.02.10
e-mail: contacto@editorial-alfa.com
www.editorial-alfa.com

ISBN: 978-980-354-350-1

Depósito legal: IF5042013800900

Diseño de colección

Ulises Milla Lacurcia

Diagramación

Rozana Bentos Pereira

Corrección

Henry Arrayago

Fotografía de solapa

Efrén Hernández

Fotografía de portada

istockphoto.com

Impresión

Editorial Melvin, C.A.

Printed in Venezuela

PASAJE DE IDA

15 escritores venezolanos en el exterior

Silda Cordoliani (Compilación y presentación)

Gustavo Guerrero
Miguel Gomes
Juan Carlos Méndez Guédez
Camilo Pino
Juan Carlos Chirinos
Armando Luigi Castañeda
Dinapiera Di Donato
Doménico Chiappe
Liliana Lara
Verónica Jaffé
Corina Michelena
Gustavo Valle
Gregory Zambrano
Israel Centeno
Blanca Strepponi

LAS PATRIAS CIRCUNDANTES

GREGORY ZAMBRANO

Para Aura Mariela, Amaya Sarat y Mariana Dorali, mis hijas.

La casa también está afuera

Salir de casa significa abandonar el pequeño cosmos que habitamos y nos habita. Salir del país también significa salir de esa otra casa, más amplia y compleja. Lo hacemos en silencio. Las circunstancias importan para comprender la razón de la partida, porque surgen ciertos apremios, porque hay razones forzosas, porque algo se rompe o, simplemente, porque se abren nuevas oportunidades de estudio o trabajo.

Lejos del país natal la vida adquiere otra dinámica, los rostros, otros semblantes, las palabras y los gestos tienen un sentido que no habríamos podido imaginar ni predecir. Son tantas las razones que nos impulsan a comenzar la aventura del viajero y luego tantos los retos que nos llevan a asumir lo nuevo con curiosidad o fruición, con esperanza o zozobra. En todo caso, tal vez, el denominador común pudiera ser la incertidumbre. En ella también hay aprendizajes, y uno de los más valiosos es el de estar solo, una experiencia que no puede ser más que individual e intransferible.

Escribo desde la perspectiva del viajero; escribo desde la mirada de quien busca descubrir nuevos horizontes para ampliar su experiencia de vida; el viajero que no ha buscado romper ningún vínculo con el país que deja atrás, sino que ha querido conocer y aprender del lugar que le acoge. No guardo las nostalgias como una escafandra para asirme a la memoria. No quisiera contar la relación del emigrante o del exiliado por razones políticas, no solo porque en lo personal no me corresponde; sino

porque guardo un profundo respeto por quienes han tenido que vivir y soportar esta condición. Conocí de cerca esta experiencia, pues en México compartí el pan y la esperanza con una familia cubana exiliada que me abrió generosamente las puertas de su hogar hace ya muchos años. Viví de cerca su drama y quise conocer sus razones, sus afanes en la nueva tierra que los acogía. La lucha de ellos cada día por sobrevivir era para mí, y lo sigue siendo, un ejemplo de dignidad y fortaleza. Esa experiencia me hizo conocer de cerca las nefastas consecuencias de la diáspora que ha signado la historia del país caribeño en los últimos cincuenta años.

Esa circunstancia me permitió también interrogarme una y otra vez sobre la idea de la patria. Viví cinco años en México y allí, al principio enfrenté la soledad, las carencias y la incertidumbre que propicia el desarraigo, a pesar de que vivía en la misma lengua y compartía muchos de los elementos de aquella cultura que, como tantos venezolanos, había conocido a través de su música, su cine y su literatura.

Llegué a México por primera vez y fue para quedarme por un largo tiempo. En principio tuve la sensación de que huía, y no sabía de qué. Tal vez de mí mismo. No tenía más que un reto con varias aristas: aprender a vivir en aquella jungla de humo y concreto para alcanzar el doctorado en letras en El Colegio de México, el lugar donde yo deseaba estudiar. Cuando llegué a Ciudad de México todo me resultaba fascinante, a pesar del frío del otoño; todo me parecía tan nuevo no obstante los siglos de historia que pesan en su antigua cultura. Durante casi un año me las tuve que arreglar económicamente pues no tenía beca; aunque familiares y amigos me habían aconsejado esperar otra oportunidad, El Colegio abría la convocatoria de sus doctorados cada tres años e imponía como requisito a sus candidatos no tener más de 35 años; en ese entonces yo estaba próximo a cumplir la edad de Cristo.

Poco a poco fui descubriendo el humor, tan picante como el chile serrano, y la generosidad de los mexicanos; también las ciudades sumergidas que habitan en el gran valle; el «México profundo» como suele decir mi entrañable amigo Tanius Karam, a quien tanto le debe mi fascinación por su país, su literatura, diría mejor su cultura, y por tanta gente buena que conocí y cuya amistad conservo. Esos años en México fueron de gran aprendizaje para mí y de un absoluto disfrute sensorial: colores y sabores, olores, texturas y sonidos nunca antes conocidos que todavía viajan en mi memoria. Aquellos años fueron de aprendizaje y también de reflexión;

de muchas horas de estudio y escritura. México me ha dado tanto que la considero, sin ninguna duda, mi segunda patria.

La vuelta a la patria, las premuras

Pero uno siempre está de paso. Una vez terminados mis estudios de doctorado debía volver a mis labores en la Universidad de Los Andes, en Mérida. Aunque había regresado de visita fugaz en algunas oportunidades, para el momento del retorno definitivo Venezuela ya estaba cambiando el modelo político y casi todo lo que había dejado atrás hacía apenas un lustro tenía otro rostro; yo tampoco era el mismo.

Volvía para retomar mi cátedra de literatura y, sobre todo, para tratar de entender los cambios que se estaban dando en el país, en lo esencial azarosos e improvisados. No puedo negar que el impacto fue severo; sin embargo, el reencuentro con mis estudiantes fue de lo más estimulante. Pocos días después del regreso ocurrió el ataque a las Torres Gemelas de Nueva York. Exactamente, el 11 de septiembre del año anterior había estado en uno de esos rascacielos contemplando el panorama de Manhattan. Desde mi oficina en la universidad vi por televisión el terrible acontecimiento. El desconcierto se apoderó de mí y esa sensación me acompañó durante mucho tiempo, sensación que se renovó poco después, cuando sucedieron los hechos del 11 de abril de 2002. Me encontraba en Caracas y en medio del caos, debía tomar un vuelo a Maracaibo para asistir a una actividad académica. Recuerdo la vigilia de esa noche y el silencio colectivo que reinó durante varios días.

Creo que para la mayoría de los venezolanos hubo un proceso de extrañamiento en los meses siguientes; la tensión política y la zozobra se prolongaron hasta finales de ese año cuando comenzó el paro petrolero. Lo que vino después fue como entrar a un túnel sin salida. De manera definitiva se fracturó un orden ya caduco al ceder sus basamentos y se hizo profunda una herida, digamos más bien, una grieta entre los venezolanos.

Lo que no esperábamos es que esa grieta se hiciera más profunda con los años y de eso ya va más de una década. Después de aquellos hechos me concentré más en mi trabajo académico, en la escritura, en las clases; dedicaba cada sesión a intercambiar puntos de vista con mis alumnos; a hacerles comprender que la literatura puede ayudar a iluminar la vida, y que al mismo tiempo, con unos pocos trazos la lectura,

junto con el disfrute, ayuda a fomentar valores y a fortalecer el ejercicio de la ciudadanía.

El viaje como metáfora

La vida va dando sus giros y nos va llevando a espacios no imaginados. De repente se abren otras puertas para conocer una nueva realidad, un nuevo escenario que corresponde con una especie de revelación. Así fue como me encontré un día con la posibilidad de volver a Japón, país que había visitado unos años antes. Entonces había conocido a Silvia en México y al poco tiempo ella debió instalarse en Japón para proseguir una investigación como parte de su tesis doctoral. En Tokio se encontraba mi amigo Ryukichi Terao, quien había sido mi compañero de estudios por un año en El Colegio de México y con quien había recorrido en autobús parte de la vasta y alucinante geografía mexicana.

Cuando viajé a Japón por primera vez, estrené mi primer *moleskine*. Allí fui anotando observaciones, sensaciones nuevas, interrogantes; buscaba explicarme el comportamiento de las personas, el orden de las cosas, la pulcritud, la buena educación, el tono amable y sobre todo el silencio. Al lado de Silvia trataba de descifrar los sentidos de una lengua, entonces completamente ajena para mí. En todas las ciudades que recorrimos en aquella oportunidad encontré claves semejantes, pero también me sorprendió el encomio de la naturaleza, el buen gusto, el sentido de la vida como un gesto artístico. Todo eso me dio la certeza de algo que comprobaría años más tarde: saber que ese era un lugar donde me gustaría vivir. Vivir en el sentido de integrarme a su ritmo cotidiano, a los rituales de las ciudades y buscar la posibilidad de comprenderlas hasta donde fuera posible. Fue entonces una revelación.

Si bien lo exótico que pudiera resultar todo cuanto veía, tocaba, probaba, no era una ventana a través de la cual quería acercarme a esta cultura, traté de fijarme más en los valores humanos que nos resultan comunes, quise buscar no en lo pintoresco o en lo meramente fortuito, sino en lo esencial, lo cual no se logra fácilmente. Este sigue siendo un reto que se centra en comprender las cualidades de la vida cotidiana en este país. Aquella primera experiencia me brindó el impulso que quise volcar en la escritura. Conservo las notas escritas durante aquel viaje iniciático y un puñado de poemas donde afloraron distintas formas del desahogo, un caudal por donde creo que fluyeron las sensaciones y las emociones,

las preguntas y las impresiones sobre esas ciudades que me asombraron y aún me asombran, como Kioto, Osaka, Hiroshima y Tokio.

Años después reviviría esa misma intensidad en un segundo viaje; esta vez como visitante invitado por la Fundación Japón, en el otoño de 2004. En aquella oportunidad tuve mi primer contacto académico con la Universidad de Tokio, gracias a las gestiones de mis fraternos aliados Ryukichi Terao y Ayako Saitou. En el verano de 2005 volvimos, para vivir de cerca las ceremonias organizadas con motivo de los sesenta años del lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. Esta vez el hecho histórico le permitiría a Silvia llevar a cabo una serie de entrevistas para su investigación. Estar en cada una de esas ciudades, el 6 y el 9 de agosto respectivamente, fue una experiencia intensa que de alguna manera también me permitió cambiar mi propia percepción de la historia como ser humano. Independientemente de las razones políticas que pretendieron justificar aquellos hechos, era imposible no sentir indignación. En medio de los cantos y oraciones en innumerables lenguas, se rememoraba la victimización de tantas personas inocentes que fueron condenadas por la irracionalidad, el odio y la vileza que propicia la guerra. Allí aflora la conciencia de la vulnerabilidad humana viendo cómo miles de hombres, mujeres y niños, fueron arrasados en apenas unos minutos. Y lo terriblemente cruel que fue no solamente borrar a una ciudad, sino repetir contra otra la contundencia de la nefasta acción unos días después. De aquellas ciudades se resguardaron algunos vestigios para que el olvido no cumpliera la otra parte de la catástrofe. El hecho en sí mostró el horror al que son capaces de llegar los hombres movidos por el odio o el miedo. Ante esa acción es muy difícil permanecer indiferentes. Aun cuando tiempo después ambas ciudades se reconstruyeron, quedan los testimonios latentes en el Memorial de la Paz de Hiroshima, en el Parque de la Paz de Nagasaki y en la presencia de las víctimas sobrevivientes. Apenas unas pocas dispuestas a relatar su testimonio, mientras que la mayoría se llevará a la tumba su silencio.

Estas dos ciudades emblemáticas han sido asumidas como un modelo para constatar el absurdo potencial destructivo de la especie humana, y también para ejemplificar la capacidad del pueblo japonés para superar el trauma histórico, rehacerse de las cenizas y echar a andar para un recommienzo que no acaba todavía. Los desastres naturales imprevisibles que han sobrevenido y la necesidad de recomenzar siempre, permiten valorar

a esta cultura, a este pueblo laborioso y paciente como ejemplo de tenacidad y superación.

El sol sobre el horizonte

Aquel verano de 2005 me dio nuevos elementos para aprender y conocer más profundamente este pueblo. En esa coyuntura viví los dos años siguientes, estudiando, investigando, leyendo acerca de la cultura japonesa, y especialmente sobre su literatura. A finales de 2007 pude retornar para desarrollar un programa de investigación durante mi año sabático, en la Universidad de Tokio. Al final de ese período la Fundación Japón me otorgó una beca que me permitió prolongar la estadía hasta agosto de 2009.

Cuando ocurrieron el terremoto y el *tsunami* del 11 de marzo de 2011, estábamos en Venezuela preparando un nuevo viaje a Japón. Llegamos a Tokio el 10 de abril. Los efectos de las fuertes réplicas sísmicas se hacían sentir; los caballos todavía corrían desbocados debajo de la tierra, como escribía en esos días el poeta Ryoichi Wago. Todavía estaban abiertas las heridas en el mismo lugar donde antes vivíamos. Las calles, parques y plazas que antes habíamos transitado con despreocupación, ahora mostraban las consecuencias de su vulnerabilidad y pude captar la sutileza de lo efímero que le da sentido al arte y a la literatura japonesa, pero que ahora era parte de la vida cotidiana: algo de silencio y de oscuridad en las calles, algo de tristeza en los rostros, el gesto de la melancolía en las personas.

A pesar de que el impacto del terremoto había sido contundente y fatal en Sendai y la crisis nuclear se había presentado como consecuencia del sismo en Fukushima, en otros lugares cercanos a Tokio también se había fracturado el pavimento o se había levantado como una alfombra, las alcantarillas se habían removido y el agua había brotado del fondo de la tierra. Pronto todas las cicatrices de esos días aciagos se fueron borrando y apenas un año después de la tragedia las ciudades han vuelto a retomar sus actividades con normalidad; lo que supuso una crisis energética por los momentos se ha conjurado, salvo en la zona del desastre donde la incertidumbre y el miedo por los efectos de la radiación siguen siendo un enigma.

Ahora una nueva circunstancia me mantiene en Japón, el trabajo. Habiendo culminado ya una etapa de mi vida laboral en Venezuela a raíz de mi jubilación pude volver, confiado en la posibilidad de incursionar

en la academia de este país, de continuar mis estudios de la lengua japonesa, seguir leyendo acerca de su cultura y su literatura, al mismo tiempo que continuar colaborando en la traducción de autores japoneses al español, tarea en la que se afana con su empeño y erudición el fraterno Ryukichi Terao.

Aquí sigo alimentando mi pasión lectora. Esto me ha permitido conocer y comprender mucho mejor el sentido metafórico y alegórico que esconde el alma japonesa, que tanto ha permeado su literatura y que ahora trato de constatar en la vida cotidiana. La cultura japonesa ha despertado en mí formas nuevas de percibir la realidad de mi propio país. Los cambios que se han operado en Venezuela no han propiciado una mejoría en las condiciones de vida de los ciudadanos; a mi modo de ver, se agudizaron sus taras sociales: la pobreza, la corrupción, la indolencia, mientras que la inseguridad y la violencia han llegado a niveles inusitados. Desde el poder todo pareciera reducirse a las consignas, la injuria y el cinismo.

Con esa Venezuela que no termina de anclar en el siglo XXI, me une un profundo deber, sigo sus días con especial interés y desde mi nuevo entorno procuro mantenerme lo más informado posible. Afortunadamente el teléfono, internet, Skype, me brindan la posibilidad de mantener el contacto de manera permanente, intercambiar con familiares y amigos los diversos aspectos de la vida cotidiana que transcurren en espacios tan distantes.

Mi permanencia en Japón obedece a una razón laboral y no a una circunstancia política forzosa, por la que lamentablemente tantos venezolanos han debido abandonar el país. Como referí al comienzo, pasé por la prueba de la distancia y experimenté los efectos de la nostalgia y el miedo al desprendimiento. De hecho, pienso que la condición migrante, sobre todo en situación de exilio, repotencia el vínculo afectivo con la tierra natal, y en muchos casos las consecuencias son catastróficas, cuando este vínculo se torna ansiedad permanente.

En Japón he podido continuar mi labor de investigación, he podido enseñar, estudiar y escribir; y eso también ha significado un esfuerzo cotidiano, una forma de comprenderme en la otredad y asumir mi responsabilidad como venezolano y latinoamericano. Ese es un reto. Y he querido ayudar a construir puentes que permitan en este país la divulgación de la obra de autores venezolanos. Hasta ahora la literatura venezolana es prácticamente desconocida en Japón puesto que no existe ninguna obra que haya sido traducida al japonés —excepto el clásico tratado histórico *De la*

Conquista a la Independencia, de Mariano Picón Salas. En ese sentido hay mucho por hacer.

El viaje como circunstancia apremiante

Quisiera reflexionar un poco sobre el viaje como circunstancia. En Japón conocí a Rodrigo Rey Rosa, escritor guatemalteco, y a Horacio Castellanos Moya, autor salvadoreño; en momentos distintos ambos tuvieron que abandonar sus respectivos países. Las guerras civiles en Centroamérica fomentaron una diáspora que tuvo como denominador común la violencia. En ambos casos está presente la circunstancia apremiante. Después de varios años de ausencia, Rey Rosa retornó a Guatemala, pero Castellanos Moya sigue buscando horizontes fuera de su tierra; ambos se han refugiado en la otra patria que es la lengua y los dos han encontrado en el arte de la novela su forma de reconciliación y trascendencia.

Cuando viví en México, supe de los avatares de un venezolano errante: Mariano Picón Salas. Mi plan de elaborar una tesis doctoral acerca de su obra narrativa me llevó a investigar en los archivos donde reposan sus cartas, conocer algunas circunstancias de su vida en aquel país, saber acerca de la historia de sus libros editados en México. Tuve la fortuna de conocer a algunos de sus discípulos en El Colegio de México; comprender de cerca su labor en la etapa fundacional de la revista *Cuadernos Americanos*, y visitar los lugares por donde había transcurrido parte de su vida cotidiana. De alguna manera encontraba a mi paso muchos aspectos de su vida y obra que eran poco conocidos en Venezuela. Quise devolver en forma de libro parte de las circunstancias de un Picón Salas exiliado, profundamente vinculado a la cultura mexicana mientras esperaba mejores momentos para volver a su tierra propia.

La escritura de Picón Salas, y sobre todo su realidad vital en la circunstancia mexicana, me interesaban en la medida en que se transformaban para mí en un modelo que había logrado transmutar su experiencia personal en arte. Esto era algo que él ya había hecho siendo muy joven, cuando debió afrontar las consecuencias de su exilio voluntario en Chile durante sus años de formación. Casualmente, tantos años después tuve la oportunidad de escribir la biografía del «merideño universal», como le han llamado. Con un cargamento de documentos, libros y preguntas me encerré a estudiar su vida durante el invierno japonés de 2008 y pude

escribir su biografía con la nostalgia de aquella Mérida entrañable, que el joven Picón Salas había abandonado en el ya lejano 1923.

Menciono este episodio porque hay un hilo que me une a la experiencia de vida de este escritor exiliado. En México constaté la proyección continental de su obra gracias, en parte, al impacto editorial que ha tenido y tiene aquel país. Igualmente —como dije antes— su obra mayor, *De la Conquista a la Independencia*, fue traducida al japonés y muchos estudiantes de este país se acercan a la historia cultural de América Latina de la mano del maestro merideño. Esa obra, como tantas otras en su caso, fue pensada y escrita fuera de Venezuela; su condición de exiliado lo llevó forzosamente a trabajar con «libros prestados» como él mismo afirmó en alguna ocasión.

Las letras nacionales y las fronteras

En Japón he podido hablar acerca de la literatura venezolana. He traído o encargado obras para recomendar entre los estudiantes; espero que esas lecturas sean como semillas y que germinen en esta tierra, como ha sido el caso de varios países latinoamericanos que tienen circulando en el idioma japonés a sus autores representativos. Mucho me gustaría que así fuese con nuestra literatura.

A pesar de las limitaciones, se están escribiendo y editando obras de gran calidad en Venezuela. Sin embargo, fuera de las fronteras nacionales la difusión todavía es materia pendiente. En algo ayudan, sin lugar a dudas, los nuevos espacios digitales. Esto también ocurre en otros lugares de América Latina. Pero a nuestra literatura venezolana todavía le falta un fuerte impulso, y esto no lo pueden hacer solamente los autores. Para que sea conocida en los países vecinos, y desde luego en España, se requiere de un mecanismo de integración editorial fuerte, como se ha podido hacer desde México, Colombia o Argentina.

La obtención de algún premio importante muchas veces abre el interés del mercado editorial, y en el caso japonés, se suelen auspiciar las traducciones. Esto ocurre, por ejemplo, con los escritores ganadores del Premio Cervantes, que se han venido traduciendo y publicando con tirajes considerables.

Aun cuando algunos veteranos académicos de este país opinen que el interés por la cultura latinoamericana no ha crecido en los últimos años, la labor de los discípulos no ha mermado, sobre todo en lo que

respecta a la traducción y a los estudios críticos. Cuando algún escritor hispanoamericano de renombre llega a Tokio —o a otras ciudades japonesas— las salas donde se presentan suelen estar copadas; y los medios de difusión, impresos, digitales y radioeléctricos, de manera general, difunden el acontecimiento.

Afortunadamente, y de manera especial, la música venezolana es conocida y apreciada en el contexto nipón gracias a la labor que desde hace unos años realiza la Estudiantina Komaba, de la Universidad de Tokio. Este grupo de jóvenes, liderados por el académico Jun Ishibashi y el virtuoso cuatrista Maurice Reyna, ha logrado estimular el conocimiento y la ejecución de los instrumentos típicos nacionales. Con cierta frecuencia vienen músicos venezolanos que imparten talleres y en no pocas ocasiones alguno que otro joven músico japonés ha visitado nuestra tierra capturado por las sonoridades de los instrumentos tradicionales. Sus presentaciones en vivo son un verdadero acontecimiento, pues los auditorios donde se lucen se llenan de espectadores. Resulta exótico mirar la cantidad de visitas —y comentarios— que tienen en su canal de Youtube, así como el gran número de seguidores de su Twitter y Facebook, medios donde constantemente están promoviendo sus canciones y conciertos. Estos jóvenes son doblemente exóticos; por un lado porque aprenden la lengua española y cantan en este idioma; y por la otra, porque muchas de las canciones que interpretan en su repertorio son temas clásicos de la música popular venezolana, casi desconocidos para los jóvenes de su misma edad en nuestro país, tal vez porque algunas de esas canciones ya no se escuchan en la radio ni en la televisión.

Si en algo puedo contribuir desde mi condición como profesor de la Universidad de Tokio es en ayudar a construir puentes que motiven el interés de nuevos lectores de nuestra literatura venezolana, perfectamente ubicada en el contexto latinoamericano. Algo se ha avanzado. Lo que he escrito y divulgado desde este país se puede leer y descargar del blog «Los mapas secretos», desde el cual suelo atender consultas sobre el movimiento de autores latinoamericanos en Japón. La experiencia japonesa ha sido altamente estimulante; me ha demostrado que vivir y trabajar aquí es un reto y lo seguirá siendo para mí; la cultura y lengua de este país imponen su ritmo. Escribo y hasta donde puedo vivo en español. Tengo amigos estuendos y disfruto el privilegio de compartir cotidianamente con grupos de estudiantes interesados en el idioma y en la cultura hispana; enseño en mi

lengua las resonancias de mi país y lo que he conocido de otras geografías latinoamericanas, también llenas de historias, sonidos, palabras y enigmas. Todo ello suma una gran riqueza que quiero compartir.

Tokio, octubre-noviembre, 2012